

Cuadernos de la memoria

www.elortiba.org

Los Hechos y Las Razones. 1974-1977: De la muerte de Perón, a la muerte de Rodolfo Walsh

Por ALBERTO JORGE LAPOLLA

(Prólogo e introducción)

Prólogo

Esta obra profundiza y complementa nuestro trabajo anterior sobre el desarrollo de los años Setenta, incluidos en la trilogía denominada Kronos –El Cielo Por Asalto, La Esperanza Rota, La Derrota- publicadas por la editorial De La Campana, en particular amplía nuestras reflexiones asentadas en los tomos II y III, de dicha obra. Estas páginas pretenden cerrar –al menos por el momento- una larga reflexión de más de diez años de investigación, sobre las causas y las razones de la mayor derrota del campo nacional y popular en el período comprendido entre 1861 a la fecha. Hemos utilizado una vez más, un criterio polifónico en respeto a la enorme producción realizada sobre el tema, así como, forma de sustento documental y argumental a un tiempo.

Dado que nuestra intención era principalmente, discutir los hechos de los Setenta, más que narrarlos, aun cuando parte de ello fuera imprescindible para una correcta discusión temática, preferimos asentar las opiniones de la gran producción sobre el tema, como elemento de debate y narración colectivo, dado que en nuestra opinión a excepción de La Voluntad (Caparrós y Anguita, 3 Tomos, 1998), Violencia y Utopía (Oscar Anzorena, 1986) y algún que otro trabajo, los distintos ensayos e investigaciones sobre el tema, priorizaron la narración fragmentada de un proceso esencialmente colectivo, generacional y plurivariado, por sobre el debate y la discusión del proceso en su conjunto. Discusión lógicamente difícil de realizar y particularmente de sostener, ya que se hace necesario polemizar con compañeros mayoritariamente muertos, asesinados de la manera más abyecta y atroz, o con figuras de la enorme gravitación histórica como la del general Perón, o con dirigencias tan complejas como las del PC, la de Montoneros o la del PRT-ERP.

Hemos respetado el criterio estrictamente cronológico para el desarrollo de los hechos, hasta el 24 de marzo de 1976, luego nos hemos tomado la libertad de alterar la sucesión de algunos hechos y traer otros ocurridos con posterioridad al 24 de marzo de 1977, pues entendimos que hacían a la esencia y comprensión del proceso histórico bajo estudio.

Alberto Jorge Lapolla, Buenos Aires, diciembre de 2006

Los Hechos y Las Razones

‘La caída del tirano Perón en Argentina es la mejor reparación al orgullo del Imperio y tiene para mí tanta importancia como la victoria de la Segunda Guerra Mundial, y las fuerzas del Imperio Inglés no le darán tregua, cuartel ni descanso en vida, ni tampoco después de muerto.’
Winston Churchill. Discurso en la Cámara de los Comunes en 1955

‘Como no sea mediante una guerra civil devastadora, resulta difícil imaginar cómo puede deshacerse la revolución efectuada por Perón.(...) Hacerles realizar a nuestros enemigos lo que nosotros necesitamos que hagan para que se destruyan solos.’
Harry S. Ferns. (Historiador canadiense-británico) (280)

‘Para que desaparezca el peronismo deben desaparecer las chimeneas...’
Almirante Isaac Francisco Rojas en 1955

‘Y sepan ustedes que la revolución Libertadora se hizo para que en este país el hijo del barrendero muera barrendero...’
Contralmirante Arturo Rial a la CGT en 1955

‘La clase decente forma la democracia, ella gobierna y ella legisla. (...) Cuando decimos pueblo entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestra Cámara, ni gauchos, ni negro, ni pobres. Somos la gente decente, es decir patriota. (...) las masas populares cuando llegan al poder establecen la igualdad por las patas, el cordel nivelador se pone a la altura de la plebe y ¡ay de las que lo excedan de una línea! El ejercicio de la soberanía popular traería como consecuencia la elevación de un caudillo, que representa en todos sus instintos la mayoría numérica en despecho de la minoría ilustrada. (...) Ud., (a Mitre. AJL) ha de tener la gloria de establecer en toda la República el predominio de la clase culta, anulando el levantamiento de las masas (...) puede declarar el plan definitivo: asegurar los principales puntos de la República con batallones de línea, o lo que es lo mismo, apoyar a las clases cultas con soldados contra el levantamiento del paisanaje. (...) Si mata gente, cállense la boca. Son animales bípedos de tan perversa condición que no sé qué se obtenga con tratarlos mejor (...) he aplaudido la medida, precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses (...) El derecho no rige sino con los que lo respetan, los demás están fuera de la ley.”
Domingo Faustino Sarmiento (250)(278)

Introducción

1976-2001. Un largo ciclo de derrotas del pueblo argentino

Los acontecimientos que se sucedieron en forma inmediata al segundo retorno de Perón, mediante el escenario trágico de los hechos de Ezeiza; así como la grave crisis que bascula sobre el campo popular luego del abierto enfrentamiento del General contra el ala izquierda y Revolucionaria de su Movimiento, expresada con toda la tragedia y dramatismo del momento,

en los graves hechos del 1º de Mayo de 1974; sumado al tremendo agujero negro producido a su muerte, prefiguran la tragedia por venir. La nación argentina, su pueblo, su clase trabajadora, sus intelectuales, todos los luchadores sociales, vivirían una nueva 'limpieza étnica' (esta vez social) por parte de la oligarquía, asociada al amo imperial.

Aquello que muchas veces hemos llamado 'el Pavón del Siglo XX'; tragedia que los argentinos conocemos como Terrorismo de Estado, es decir: el genocidio de nuestros 30.000 detenidos-desaparecidos y la destrucción de la Nación Soberana que pudimos construir a partir de 1945. La Argentina que emergería del largo ciclo de derrotas, inaugurado en 1976 y apenas cerrado en diciembre de 2001, sería una Argentina muy diferente a la conocida a lo largo del período comprendido entre 1943 a 1976, extensible hasta 1989. Es decir el Imperialismo (el capital financiero Norteamericano, Británico y Europeo –y de manera increíble, nuevamente español) conseguiría destruir la Argentina industrial, tecnológica, científica, con autonomía militar, alimentaria y nuclear, existente en dicho período, devolviéndonos al estado colonial, anterior a 1943. Ese mismo estado de 'Granja Británica', 'de parte integrante del Imperio Británico', o 'joya más preciada de la corona británica', del que se ufanan alegremente don Julito Roca(h) y su amigo Sir William (Guillermo) Leguizamón, allá por 1933, cuando la firma del Pacto Roca-Runcimann, en Londres.

De la misma manera que la Argentina, emergente luego de setiembre de 1861, cuando la Batalla de Pavón, sería la negación de la existente entre 1810 y 1861, y particularmente de la pergeñada por Castelli, Moreno y Belgrano en el Plan Revolucionario de Operaciones; algo similar ocurriría luego del largo ciclo 1976-2001. Emergería así, luego de 1976, un nuevo capítulo de la nación-factoría, remachado con la Guerra de Malvinas, legitimado por los Tratados de Paz con Gran Bretaña de 1990 y 1991, firmados por el traidor nacido en Anillaco. Se produciría así, la entrega absoluta del patrimonio nacional, de nuestra soberanía en todos los órdenes; la pérdida del control sobre nuestros recursos naturales, riquezas, empresas públicas, vías de comunicación, puertos, silos de embarque, flota nacional, rutas, ferrocarriles; soberanía militar; fuentes de todo tipo de energía; tipo y destino de nuestra producción, y así de seguido, en cada uno de los renglones de la vida económica y social de los argentinos y las argentinas. Incluyendo claro está, la salud la educación, la seguridad social y cualquier forma de bienestar del pueblo.

Todo ello, 'abrochado' mediante el gobierno del más grande Traidor a la Patria que pisara nuestro suelo: aquel que nos gobernara entre 1989 y 1999, quien legitimaría (y llevaría a término) los planes inconclusos de la dictadura genocida. En ese largo ciclo de derrotas, que se inicia en el período que pretendemos historiar, nuestra Patria, perdería su condición de Nación, justa libre y soberana, retornando de manera brutal al régimen colonial de país factoría agro-exportador, productor de materias primas (commodities) baratas, para el mundo industrializado (o que se industrializa aceleradamente).

Es así que mediante la sojización, hemos destruido nuestra otrora poderosa soberanía alimentaria, para producir forraje barato en el ecosistema más fértil de la tierra, destinado a países, que así pueden producir carne barata a nuestro costo, destinando su economía y su ahorro a industrializarse, o, a profundizar su industrialización. Así en lugar de grandes cantidades de la 'mejor carne del mundo' exportamos, 'pasto-soja' en forma de grano, aceite,

harina o torta, como commodity de bajo costo, con mínimo valor agregado. Si se agregara a ella, el dislate de producir 'agrocombustibles', se completaría nuestro retorno al modelo colonial, sin ambages. De país industrial, a país productor de materias primas a costa de su desarrollo autónomo y del hambre de nuestro pueblo.

También exportamos minerales preciosos y estratégicos a granel, sin obtener un sólo peso de beneficio destruyendo nuestras reservas y contaminando el ambiente; amén de petróleo crudo, gas natural (sin que seamos un país petrolero, sino depredando para beneficio anglo-español nuestras reservas obtenidas en base al ahorro y trabajo de nuestra ex empresa estatal), junto a otras materias primas (granos y carne) y energía eléctrica barata -que no nos sobra- a países limítrofes a cuya industrialización subsidiamos; no por un criterio de Patria Grande (lo cual sería correcto en otro modelo de acumulación y producción); sino por el contrario, por el criterio de destrucción física de nuestro proletariado industrial: insignia burguesa principal a partir de 1975.

Todo este proceso de recolonización fue siempre matizado mediante un múltiple proceso de genocidio político y social, desindustrialización, destrucción física de la clase trabajadora (eje político y social del período que historiamos), aniquilamiento del pensamiento alternativo y revolucionario, terror político, económico y social sin igual, genocidio permanente por terror, hambre, 'gatillo fácil', enfermedades, exilios, destrucción de toda forma de integración social (destrucción de la interconexión e integración ferroviaria, pueblos, ciudades, empresas, privatización de rutas, instauración de peajes, aislamiento nocturno del pueblo pobre, enrejamientos múltiples, persecución a los pobres, políticas de exclusión social, countries, barrios cerrados, etc.); brutal concentración del ingreso y destrucción de los sistemas públicos de salud, jubilación, educación, transporte público, empresas públicas, sistema financiero público y promoción social.

Es, en este marco, que la derrota del proceso llamado globalmente 'de los Setenta', que para ser precisos, abarca en realidad el período 1955-1975, daría origen a uno de los períodos más trágicos y nefastos de la historia argentina moderna. Período que aun transitamos.

'Sólo la verdad es revolucionaria'

El hecho de que Perón muriera denostando a su izquierda de manera brutal, clamando que 'tronara el escarmiento' (J.D.Perón, 1-05-1974), sin haber diferenciado en todo caso -si eso pudiera considerarse un descargo- a dirigentes de dirigidos, entregaría a la 'Juventud Maravillosa', y junto con ella a toda la acumulación social e intelectual producida por la lucha de clases en dicho período -1955-1975-, a la más atroz de las matanzas.

Se produciría así una castración de pensamiento y organización del pueblo argentino, sólo superada, por los cuatro genocidios fundantes de la 'Nación Liberal' (el Federal, el Paraguayo-Guarany, el Afro-Argentino y el Mapuche-Tehuelche-Ranquelino-Wichy-Toba), ocurridos entre 1861 y 1883. En simultáneo, su cruzada -la de Perón- contra el marxismo y el socialismo ('No hay nuevas ideas que definan a nuestro Movimiento. Somos lo que las 20 verdades dicen, nada más', 21-6-1973), dentro del Movimiento y la expulsión y censura, de toda forma de oposición interna de izquierda o combativa, tolerando sólo la representada por la ultraderecha; las

distintas formas de la derecha Peronista; o las distintas facciones del sindicalismo ortodoxo; castrarían al Peronismo sobreviviente de todo accionar o pensamiento Revolucionario.

Al tiempo, que sería un Presidente 'Peronista' el que destruiría la Nación Peronista, con el disciplinamiento masivo del Partido, el Movimiento, los sindicatos y la CGT, detrás de la mayor Traición a la Patria que conoce nuestra historia, sin que aparecieran más que algunos focos de resistencia, menores, en términos de la magnitud del Movimiento Nacional Peronista. Al punto que figuras liminares y decisivas de esta historia, y en particular de la Resistencia Peronista en su conjunto, tales como John William Cooke, Alicia Eguren, Gustavo Rearte, el Mayor Bernardo Alberte o Rodolfo Puiggróss, apenas si empiezan a ser recordados por el Peronismo que gobierna la Argentina desde 1989. Otros, como Quieto, El Kadri, Olmedo, Osatinsky, Caride, Nell, Villaflor, Ortega Peña y Arrostito aun figuran en el pabellón del olvido.

Creemos que, sin un estudio y discusión sincero y crudo del período comprendido entre Ezeiza, y la emergencia de la Dictadura genocida, resulta incomprensible, como el señor nacido en Anillaco, pudo hacer lo que hizo sin que el Peronismo se levantara en masa en su contra. Peor aún, ¿cómo fue posible que muchos de los sobrevivientes del Peronismo Revolucionario (en particular 550 miembros de la Organización Montoneros), lo apoyaran incondicionalmente en su nefastos diez años de gobierno?

Crisis de castración, que el Peronismo aun atraviesa hoy, ya deviniendo casi en partido único del sistema, no permitiedno la necesaria, aunque aun irresuelta, emergencia de una nueva etapa del Movimiento Nacional Emancipador de nuestro pueblo.

Resulta tan duro el análisis –y tan duras las conclusiones- del período comprendido entre el segundo retorno de Perón y la emergencia de la dictadura, con su legitimación posterior por el gobierno menemista; que en general muchos intelectuales que abrevan –o dicen hacerlo- en el pensamiento nacional, popular y revolucionario, eluden hablar de las tres cuestiones tabú en la historia del peronismo: el Tercer Gobierno del General Perón, el gobierno de su viuda y Lopicito y el gobierno menemista. En general se habla del '45 al '55, luego de la Resistencia, de allí a la dictadura genocida y luego se saltea todo, hasta hablar del presente, ya que no hay forma de incluir dentro de un análisis acríico o ascéptico dichos hechos nefastos para nuestro pueblo y nuestra Patria. .

El Cordobazo como bisagra de la Resistencia Popular

De manera similar, que en los primeros días de Mayo, entre el 25 de mayo, el derrocamiento de Moreno en diciembre y la derrota de Castelli a partir de junio de 1811, encierran de alguna manera todas las claves de los hechos que sucederían a posteriori; incluyendo tendencias, líneas de acción y de defección; prefigurando al mismo tiempo la gran nación americana que pudimos ser, y la pequeñez portuaria-británica que derrotó todos los proyectos nacionales; de una manera similar -decíamos-, el Tercer gobierno Peronista prefigura también, la tragedia por venir.

El ciclo abierto por la irrupción de la CGT de los Argentinos, que daba encarnadura real –no ficticia- a los programas obreros de Huerta Grande y La Falda, a través del programa del 1º de Mayo de la CGTA –redactado por Rodolfo Walsh- y el accionar concreto de una nueva

conducción sindical Peronista dispuesta 'a sacar los pies del plato', marca la aparición de una nueva conducción sindical peronista dispuesta a voltear a la dictadura de Onganía sin más vueltas. Llevando a la práctica, una nueva dimensión del Frente Peronista: la unión de todos los que luchaban por la Liberación Nacional y Social sin exigencia de ortodoxia, ni disolución de identidad. Todo este proceso se hallaba lubricado además, con un fuerte componente de autonomía real de los trabajadores y de su organización. Dicho desarrollo enmarcaba un nuevo Peronismo, resultante del colosal efecto producido por La Revolución Cubana entre sus filas; especialmente por la decisión de Fidel y el Che, de liquidar la invasión norteamericana de Bahía de los Cochinos y por la propia dinámica de confrontación con el poder oligárquico de la Resistencia Peronista; hechos que actuaron como una bomba de profundidad sobre el Peronismo ortodoxo y cuestionaban la decisión de Perón de abandonar el poder sin combatir en 1955.

Ese nuevo Peronismo Resistente, sería el encarnado en las figuras de John William Cooke, del Mayor Alberte, de Gustavo Rearte, de Raymundo Ongaro, de Rodolfo Puiggrós, de Alicia Eguren, de Juan José Hernández Arregui, de Raymundo el Negro Villafior, de las FAP, las FAR y finalmente los Montoneros. Destacamos la figura de un Mayor Alberte, que no sólo desobedece a Perón –negándole el acceso a Vandor a la dirección de la CGT, cuando la muerte de Amado Olmos-, sino –y ese será su aporte histórico, el que lo ubica en la historia grande de los argentinos- que se pone a organizar el Peronismo Revolucionario juntando y uniendo todas las líneas y tendencias que lo componían.

Ello incluía, desde nacionalistas provenientes de la derecha, nacionalistas de izquierda o castristas; marxistas leninistas, estalinistas, trotsquistas-insurreccionales, insurreccionales-guevaristas, guevaristas de todo pelaje, Peronistas Revolucionarios de todo matiz; cristianos de base o simplemente pastorales, seculares, partidarios de las nuevas ideas de Juan XXIII –en contra de las propias posiciones de Perón que las cuestionaba-, militares nacionalistas de todo calibre, militantes sindicales antiburocráticos, clasistas o socialistas, peronistas evitistas, intelectuales revolucionarios, jóvenes de todas las líneas revolucionarias e insurreccionales existentes, y así de seguido. Alberte –junto a Rearte, Puiggrós y Cooke (a través de Alicia Eguren luego de su muerte)- daban así origen a uno de los procesos más ricos y valiosos de la historia argentina, al dar vida a la Tendencia Revolucionaria Peronista. Valiosa por su diversidad, combatividad y tolerancia de matices, hasta la llegada de la hegemonización montonera. Esta irrupción, marcará un antes y un después en los hechos de la década, y dará por resultado la gran bisagra del período 1955-1973: el Cordobazo.

Del Cordobazo al Gran Acuerdo Nacional

No cabe duda, que la frase pronunciada por el general Pedro E. Aramburu, cuando la sublevación obrera y popular de Córdoba: 'hay que pactar con Perón antes que esto salte por los aires,'(Jun-1969) sellaba el fin de la Libertadora, como proceso de capitalismo posible para la Argentina. No se podía gobernar sin el Peronismo, a menos que se quisiera que la Argentina marchara a una Revolución al estilo cubano. Los pasos de Perón, producido el Cordobazo, van en el mismo sentido: ordena desarmar la CGT de los Argentinos 'que es un tablado'(Jun-1969) y no 'sacar los pies del plato'(Jun-1969). La inmediata muerte de Vandor, un mes después del Cordobazo –y luego de entrevistarse con Perón en Irún-, parecería señalar el costo que alguien

cobró, por permitir que su gente –Elpidio Torres- estuviera a la cabeza de la rebelión cordobesa. El resultado de esta convergencia estructural, respecto de la marcha del capitalismo, sería el Gran Acuerdo Nacional –previo asesinato de Aramburu, luego de una posible entrevista secreta con Perón en Francia- y el retorno de Juan Perón al gobierno.

El Cordobazo había dejado claro que, la convergencia combativa, orgánica y estructural del Peronismo Combativo -encarnado en la CGTA de Raymundo Ongaro- y el sindicalismo de izquierda representado en la figura del Gringo Agustín Tosco, era mortal para el esquema de capitalismo asociado a las multinacionales pergeñado por el Desarrollismo, para preservar ‘las chimeneas’ que el almirante Rojas quería erradicar. También era mortal para la estructura sindical burocrática asociada a la patronal, como esencia del gremialismo ortodoxo Peronista.

Casualmente, ésa sería a nuestro entender, la lucha central del período que se cerrará con la irrupción de la dictadura genocida: la posibilidad, o no, de generar una nueva conducción sindical combativa, autónoma y revolucionaria de los trabajadores. Línea que se expresaría en las corrientes combativas y antiburocráticas de la Resistencia ejemplificadas en los programas de Huerta Grande y la Falda, en la CGTA luego, en el Clasismo más tarde, en Tosco en todo el ciclo hasta su muerte, en los movimientos como el SMATA cordobés, la UOM de Villa Constitución, la lista Marrón de FOETRA, en los trabajadores del Chocón, en las luchas de la FOTIA, en la CGT de Salta con Armando Jaime, en las luchas de Astilleros, en fin, en un reguero múltiple de luchas obreras que plantearon como reivindicación central el cambio de conducción sindical, hasta su máxima expresión: las luchas de junio y julio de 1975, que liquidaron a López Rega y que convencieron al mando burgués de la necesidad del golpe genocida ya no sólo contra el movimiento obrero, sino contra la clase obrera misma.

El primer ‘plan de ajuste’ neoliberal, hecho dentro de un gobierno Peronista (el Rodrigazo de junio 1975), fue aplastado por gigantescas movilizaciones estructurales, de la clase trabajadora encabezadas por las Coordinadoras Sindicales de Base, última emergencia del poderoso movimiento obrero argentino. Ése, que desde el 17 de octubre de 1945, había logrado inclinar la balanza de la historia para su lado. Sería, no casualmente, a partir de las luchas obreras de junio de 1975 –conocidas como el Rodrigazo- que una infame frase comenzaría a salir de los labios de políticos, militares y empresarios, tan diferentes como Ricardo Balbín, Mariano Grondona, Jorge R. Videla, Rogelio Frigerio, Emilio Massera o Juan Alemann: ‘hay que acabar con la guerrilla fabril’, dirían, legitimando la matanza por producirse. De tal forma, entre el 55 y el 58% de los desaparecidos serían dirigentes sindicales de base. Al final del proceso la clase obrera industrial –o quasi-industrial- se reduciría de seis millones de trabajadores en 1976, a menos de un millón en diciembre de 2001

La responsabilidad del General

El Tercer gobierno del General Perón, es uno de los tabúes sobre los que la política argentina actual –el Peronismo es gobierno desde 1989 casi sin interrupción, hasta hoy, a excepción de los dos años de De La Rúa- prefiere mirar para otro lado. Es soslayado en sus errores, pero también en sus aciertos. Como que se oculta, que aplicó la última política económica de Liberación Nacional que conocemos los argentinos. Claro, hablar de la política económica

aplicada entre 1973-1974, por la dupla Perón-Gelbard llevaría a la inevitable pregunta, de, ¿por qué dicha política no puede ser aplicada en la actualidad? La respuesta no está al alcance de los políticos que gobiernan la Argentina post dictadura. Hemos analizado en detalle el gobierno Peronista en nuestro trabajo 'La Esperanza Rota'(De la Campana, 2005), al cual remitimos al lector, pero creemos necesario precisar algunas cuestiones para comprender el marco de acceso de la sociedad argentina a la dictadura genocida, y al final de nuestro estadio de nación independiente, justa, libre y soberana.

Perón a nuestro entender, cometió en su Tercer gobierno una serie de errores, o de defecciones, que resultaron nefastos para el futuro de la nación y de su propio Movimiento. Destrozó innecesariamente al Presidente Cámpora, para ocupar su lugar, a sabiendas que poseía ya 79 años (todo indica que habría nacido en 1894, en Roque Pérez), y que la duración de su vida, según le habían anticipado sus médicos, no soportaría el ajetreo del gobierno. No sólo eliminó a Cámpora, y cualquier atisbo de la Juventud Peronista de su Tercer gobierno, incluyendo cuadros esenciales de ese momento como Juan Manuel Abal Medina, Esteban Righi, Jorge Vázquez y Julio Troxler, entre muchos otros. También volteó uno a uno, a los gobernadores vinculados a la Tendencia Revolucionaria Peronista. Algunos como el de Córdoba, representativos de todo el movimiento popular provincial en la lucha contra la dictadura. Otros como Bidegain, cuadros históricos de la Resistencia y de sólida formación política e intelectual.

El derrocamiento de Obregón Cano y Atilio López –de la manera más infame-, puede ser interpretado casi como un castigo a la rebelde Córdoba y al inicio de la insurrección que lo había devuelto al poder. Dejó sin lugar alguno en el Movimiento o en el gobierno, a cuadros centrales de la Resistencia como Andrés Framini, Sebastián Borro, Avelino Fernández, el Viejo Ireneo Chávez, Gustavo Rearte, Arturo Jauretche y al propio Mayor Alberte. Quebró así, la continuidad de la lucha de la Resistencia con el nuevo gobierno Peronista. Ubicó de vicepresidenta a su mujer Isabel Martínez, de quien muchas veces había señalado a sus colaboradores -en los primeros años de su exilio-, que dudaba de que fuera 'de los servicios'. A su muerte, la presidencia de Isabel Perón sería una de las mayores tragedias de la historia nacional. El General, conocía perfectamente las ambiciones desmedidas –unido a la aguda inteligencia preverbal- de su esposa, así como la estrecha relación de dominio que sobre ella ejecutaba su mucamo, José López Rega.

Conocía también de sobra la pertenencia de su mucamo a la logia fascista P2, con la cual él mismo, había establecido espúreas relaciones, en la parte más oscura de su gobierno. La condecoración a Licio Gelli -incluyendo el beso aplicado de rodillas sobre su anillo-, en agradecimiento ante el Burattinaio; así como su entrevista con Pinochet en el Aeropuerto de Morón, deben ser de los peores momentos en su larga trayectoria política. Esa actitud de favoritismo hacia su esposa y su mucamo, sería tan condenable, que Don Arturo Jauretche, peleado con Perón desde 1948 y que moriría pocos días antes del General, el 25 de mayo de 1974, lo haría maldiciendo a su antiguo amigo: 'que se puede esperar de quien pone de ministro a su lacayo', expresó indignado, luego de los hechos del 1º de Mayo de 1974.

Peor aun, en el que consistió, tal vez, su mayor error estratégico, Perón destruyó la corriente nacionalista y democrática del Ejército argentino, encabezada por el general Carcagno y los

coroneles Cesio, Perlingher y Ballester, destruyendo así la única corriente aliada que era fiel al proyecto Peronista. Descabezada esta línea, en el ejército sólo restarían los fascistas llamados nacionalistas, y los fascistas llamados liberales. Los dos grupos ferozmente antipopulares, anticomunistas, antiperonistas, y aliados hasta los tuétanos de los Estados Unidos en la 'tercera guerra mundial contra el comunismo'. El Perón que había vuelto en 1972 había percibido un país sublevado y fuertemente radicalizado. Ese país, no coincidía en absoluto con su concepción política compendiada en su libro 'La Comunidad Organizada'. De tal forma, es probable que el General haya obrado en consecuencia. Su ex ministro, médico y amigo, el Doctor Jorge Taiana, relató, que luego de su primer retorno en noviembre de 1972, el General, estaba casi alucinado, con lo que consideraba un 'avance descomunal del comunismo en la Argentina'.

Está claro que en dicho 'comunismo' el General no incluía al lánguido y reformista PC, sino a toda la Nueva Izquierda surgida entre los sesenta y los setenta. Tampoco se refería claro está, sólo al PRT-ERP, al PCR, a VC o al Clasismo; sino especialmente a 'sus muchachos' de las FAR, las FAP, el PB, los Montoneros, la CGTA, los Sindicalistas Combativos y al enorme crecimiento de la figura de Agustín Tosco, como referente de los trabajadores. No trepidó en llamar al Gringo, 'el dirigente de la triste figura', cuando éste apenas había salido de su larga prisión, durante la dictadura. De allí que su accionar aparezca por momentos, esencialmente contradictorio entre su línea económica e internacional, y su política interna de castigo sin piedad a 'sus muchachos.'

En esta línea, su decisión de eliminar a Carcagno y Cesio, resultó tal vez, su jugada, más suicida, a sabiendas que el Ejército gorila había sido su principal enemigo por dieciocho años. Él, había prometido a los coroneles Peronistas el mando de las fuerzas armadas durante su exilio. Luego al volver al poder les expresó: 'prefiero un Ejército de generales derrotados y no uno de coroneles victoriosos', mostrando una vez más las terribles limitaciones de su 'maquiavelismo sin destino', como alguna vez calificara el Padre Hernán Benítez, a su accionar. Sin embargo, nos parece que la peor de sus acciones, fue su guerra a muerte contra la Juventud Peronista, el Movimiento Montonero y la Izquierda Revolucionaria Peronista en su conjunto, más allá de los graves errores y provocaciones de los 'muchachos'. Ése era el Peronismo que había crecido y madurado en dieciocho años de Resistencia. Era -junto a la Izquierda Revolucionaria- la mayor creación del pueblo argentino en su lucha contra la oligarquía. Sin ellos Perón no se habría movido de Madrid, aun contando con la ayuda de Licio Gelli. Jamás el vandorismo, ni el sindicalismo ortodoxo habrían logrado que Perón volviera al país. Si él había vuelto, lo era debido al accionar de una, o dos generaciones, de trabajadores, militantes y jóvenes heroicos, que decididos a luchar por la dignidad, la libertad, la justicia y la soberanía popular, enarbolaron su nombre como bandera de lucha saliendo a tomar el cielo por asalto.

El pago de Perón a sus jóvenes revolucionarios, a los que debía su presencia en la nación, fue repugnante, y, es tal vez el elemento más deleznable de su larga y fundamental carrera política. El Tercer Perón no estuvo a la altura de lo que el pueblo había hecho por traerlo de vuelta. Por ora parte, su guerra al marxismo y al pensamiento revolucionario dentro del movimiento -que llevó a la renuncia inmediata de Rodolfo Puiggróss a la jefatura de la UBA al conocerse el comunicado del Concejo Superior en ese sentido, hecho también ocultado cuando se habla de Puiggróss- fue nefasto para el devenir del Peronismo.

La castración teórica, que aun hoy, exhibe ese inmenso 'gigante invertebrado' que parece poder ir en cualquier dirección, parece tener su explicación en la guerra a muerte que Perón librara contra la izquierda de su movimiento entre 1973 y 1974, cercenando al Peronismo de todo pensamiento revolucionario. Meter al gigantesco movimiento revolucionario popular que se produjo en la Argentina entre 1968 a 1973, en los restringidos, apáticos y limitados márgenes del Pacto Social y la Paz Social, sólo podía terminar en el increíble gobierno peronista de 1989 a 1999, con Cavallo continuando la obra iniciada por Celestino Rodrigo y Ricardo Zinn, anticipando el plan de Martínez de Hoz. Sólo así, se puede entender que el Peronismo en su conjunto –después de haber nacido un 17 de octubre y haber producido un Movimiento de la magnitud de la Resistencia y del Peronismo Revolucionario- haya sido cómplice de la más infame traición a la Patria cometida por el menemismo. Sólo el brutal vaciamiento de contenido, mediante la prohibición del pensamiento que exigió Perón en su Tercer gobierno, puede explicar el Peronismo posterior a la dictadura. Sin la guerra al pensamiento revolucionario que propugnara Perón, no se puede explicar la complicidad descarta, como veremos en estas páginas, de muchos sobrevivientes del genocidio con la entrega de la nación. Pero su más lamentable culpa, carga con el hecho de haber exigido 'el escarmiento' sobre la Juventud Maravillosa, entregando a la muerte más atroz a los mejores hijos de la Patria. A la gente que expresaba la maduración de un pensamiento revolucionario que nos hubiera dado otro país.

Esa generación, entregada al suplicio mas atroz por la oligarquía, educada en el terror inquisitorial español y en el disciplinamiento 'progresista' británico; ambos reciclados en la Doctrina de la Seguridad Nacional yanqui. Abandonada y entregada por una conducción infiltrada hasta los tuétanos por los servicios de inteligencia del enemigo, fue también llevada al holocausto por el propio Perón, que volvió al país con una idea de juventud a corregir, tal cual expresara el propio 21 de junio de 1973, luego de Ezeiza: 'Tenemos una juventud que está mal encaminada...' O como diría sin ambages, en la reunión con el gabinete del 21 de junio de 1973 en Gaspar Campos, según recordara el ex ministro Jorge Taiana: 'para salvar a la Nación hay que estar dispuesto a sacrificar y quemar a sus propios hijos'(248)(pag103) (Taiana J.op.cit.2000). Palabras del General, que hasta donde sabemos no poseía hijos.

La responsabilidad guerrillera

Iniciamos este balance por el accionar de Perón, pues pese a que ya nos hemos referido a la irresponsable visita que Quieto y Firmenich realizaran a Madrid antes del segundo regreso de Perón (La Esperanza Rota, De la Campana,2005), no hemos contabilizado accionar grave alguno de ninguno de los grupos guerrilleros entre el 25 de mayo de 1973 y los hechos de Ezeiza, más allá de algunos secuestros y el Devotazo. Hecho éste último que de ninguna manera puede interpretarse –pese a lo que aun hoy señala la derecha peronista- como 'accionar subversivo' y sí, como justicia del pueblo por liberar a sus presos. De cualquier manera, estos hechos no pueden justificar Ezeiza.

En la obra antedicha, hemos desarrollado en extenso nuestra tesis –que no es sólo nuestra- que carga en Perón la responsabilidad clara por los hechos del 20 de junio de 1973. Si bien no creemos que dichos hechos, justifiquen las terribles provocaciones que la izquierda armada –peronista y perretista- realizaría luego de los mismos; corresponde cronológicamente ubicar

que el primero que pegó fue el anciano General. A sabiendas seguramente, de que 'sus muchachos' caerían en la trampa como lo hicieron, y podría liquidarlos –y junto con ellos a Cámpora y su gobierno- de un solo golpe. Perón sabía además, que Cámpora no haría nada para evitar su accionar, aun en conocimiento de que Perón se moriría en poco tiempo. El Tío jamás enfrentaría al General. De la misma manera cabe preguntarse ¿qué habría ocurrido, si cómo proponían algunos sectores de la Tendencia, no se debía concurrir a Ezeiza, o al menos no disputar en absoluto ningún lugar en la marcha, dejando que el golpe de la derecha peronista cayera en el vacío? Sin embargo –y Perón lo sabía-, estaba en la dinámica de los hechos que ello no ocurriera.

De cualquier manera, hubo quienes –Envar El Kadri, Gustavo Rearte, Bernardo Alberte, Juan Manuel Abal Medina, Agustín Tosco, el general Carcagno y muchos más- aun descontentos con la forma en que Perón se hacía del gobierno, entendían que no había que enfrentarlo y que por el contrario había que buscar la forma de transformar en organización, el enorme poder del campo popular, que debía prepararse para enfrentar el inmenso agujero negro que se produciría -a no dudarlo- a la muerte del Viejo. Sin embargo la irracionalidad –y el accionar hábil de la inteligencia militar, manejada por la CIA y el MI5- llevó a las dos organizaciones político-militares a atacar con acciones armadas descabelladas e injustificadas, al gobierno Peronista, elegido dos veces en seis meses, con el mayor consenso obtenido por partido alguno desde 1955.

Perón fue elegido Presidente en elecciones libres, limpias y puras con el 62% de los votos en primera vuelta, cifra no alcanzada aun por ningún dirigente político argentino. Si bien sus métodos, y el cambio en 180 grados de su discurso del 21 de junio de 1973, no eran gustosos ni agradables, su política económica, su ubicación internacional y estratégica, no dejaban dudas que su gobierno era un golpe de timón a las políticas de la dependencia y del control oligárquico, llevadas adelante desde 1955. Hoy resulta claro que conducciones más maduras –y más enraizadas en el pueblo- habrían comprendido la necesidad de buscar una tregua y un acuerdo con el anciano General, que seguramente, éste gustoso habría acordado, pues era el papel que deseaba en su último tramo de vida. Sin embargo, ni Santucho –ni el resto de sus compañeros de la conducción restringida del PRT-ERP- ni Quieto ni Firmenich –ni otros en la conducción Montonera- pudieron o quisieron pensarlo así. De tal forma, el último intento de gobierno de Liberación Nacional, del siglo XX y lo que va del XXI, se desarrollaría no en los marcos de un Frente de Liberación nacional ampliado como proponía –no con los mejores modales, es cierto- Perón, sino en los marcos fraticidas de una guerra civil entre sectores populares que debían estar unidos frente a un enemigo poderoso, agresivo y acorralado en el resto del mundo.

Como gran mérito del General debe ubicarse, que a diferencia de su Primer gobierno, esta vez Perón pasó por arriba de la ahistórica conducción del PCA, y buscó el acuerdo con los soviéticos directamente con ellos –a través de Gelbard- para completar la industrialización y la infraestructura estratégica y energética de la nación. No de otra cosa se trataba el plan Perón-Gelbard, llamado Plan Trienal, y que nos hubiera puesto a la cabeza del desarrollo industrial independiente de América Latina; con el campo Socialista europeo –en 1973, dieciséis años antes de su colapso-, como compradores privilegiados de nuestra industria liviana a cambio de alta tecnología, industria pesada, infraestructura y desarrollo energético para completar

nuestro desarrollo, por lo que restaba del siglo XX. Así, la Argentina ocuparía hoy con creces, el lugar de Brasil. Nuestra población sería de no menos de 45 a 50 millones de habitantes, y seguramente tendríamos un pueblo próspero, alimentado, saludable, educado feliz. Cuando Leonid Brezhnev expresó en Moscú a Gelbard, en 1974: 'allí donde vaya la Argentina irá América Latina', sabía de que hablaba.

También lo sabían los Estados Unidos, que al mismo tiempo, apoyaba incondicionalmente a la dictadura brasileña, pactando con sus 'gorilas' militares y empresarios el desarrollo de un Brasil industrial, bajo control de las multinacionales, y, sin poder sindical, ni beneficios sindicales ni sociales por un largo tiempo. Un Brasil de las multinacionales que contrapesara la Argentina Estatal Peronista. Kissinger respondió a Brezhnev, casi en los mismos días: 'allí donde vaya Brasil, irá América latina.' Esta vez para desgracia nuestra y de muchos pueblos, Kissinger ganó la pulseada, no sin una clara intromisión imperialista en nuestro suelo, tal cual lo preanunciara el académico británico-canadiense H. Ferns, con cuya expresión terrible comenzamos este libro y con una matanza de varios cientos de miles de latinoamericanos.

El tiempo de los Setenta terminó. Se llevó a Perón, a la generación revolucionaria y produjo la mayor derrota del pueblo argentino después de Pavón, devolviéndonos al estado colonial. La inmolación de la juventud revolucionaria, a través de su autodestrucción y del accionar genocida y terrorista de unas fuerzas armadas -que también decidieron autodestruirse, asumiendo su parte del deseo de Ferns, transformándose abiertamente en fuerzas de ocupación de su Patria, con su pueblo como enemigo-, nos han retrotraído a situaciones que habían sido superadas durante el período 1945-1975. En el exterminio de la generación revolucionaria, en la destrucción del movimiento obrero como corazón y médula de la organización del pueblo argentino, se puede entender que la nueva rebelión del pueblo argentino, que pusiera fin a esta etapa de derrota, la de diciembre de 2001, no encontrara un sostén político en que apoyarse y finalmente fuera heredada por una nueva reformulación liberal-keynessiana del Peronismo.

Al ser exterminadas las dos principales expresiones construidas por el pueblo en el largo ciclo 1955-1975; es decir, el Peronismo Revolucionario y la Izquierda Revolucionaria, lo único que estaba en condiciones de salir al encuentro de ese potente y magnífico -como lo han sido siempre las rebeliones de nuestro pueblo, desde 1780 a la fecha- movimiento popular expresado en 'piquetes y cacerolas', era la vieja izquierda sobreviviente de la derrota de los Setenta. La vieja izquierda en sus distintas vertientes -comunistas, estalinistas, trotquistas, maoístas y todas las combinaciones posibles- ya estaba incapacitada de generar nada nuevo, en 1973. Por eso fue superada por la llamada Nueva Izquierda que originara las dos formas revolucionarias a que hacíamos referencia. Producido el estallido, ni el PC, ni el PO, ni el MST, ni el PTS, ni el PCR, ni las miles de siglas más que podemos seguir invocando, estaban en condiciones de entender de qué se trataba. No se trataba de discutir como pasar de '1905 a 1917', o de 'Febrero a Octubre' en Rusia, como proponían exaltados jóvenes militantes del PO, del MST, del PTS, del MAS ante multitudes de vecinos, que los contemplaban azorados, sin saber a qué se referían.

Vecinos que se retiraban de las Asambleas Populares espantados por las discusiones sobre Trotzky, Lenin o Lunacharsky. Asambleas populares y piquetes, que habían logrado juntar más

de cuatro millones de personas en las calles de Buenos Aires y el conurbano, espantando a Donald Rumsfeld -por entonces ministro de defensa de George W. Bush- quien proclamaba horrorizado: 'El problema de la Argentina, no es la crisis financiera. El problema de la Argentina es toda esa gente en la calle'. No se trataba de Lenin o Trotsky, sino sólo de pensar en Castelli, en Artigas, en Moreno, en Yrigoyen, en Alem, en Perón, en Evita, en Ongaro, en Tosco, que habían ocupado esas mismas plazas en otros momentos de lucha del pueblo, en reclamo de su libertad. Se trataba de recordar aquello que había expresado alguna vez, Antonio Gramsci: 'los pueblos marchan con toda su historia encima y suelen retomarla allí donde la dejaron...' Ello era tan evidente en las marchas y barricadas porteñas del 19 y 20 de diciembre, que las mismas se realizaban en los mismos sitios que en 1945 o en 1970, que casi causa vergüenza recordarlo. Se trataba simplemente de eso pero... como expresara Rodolfo Walsh, en un documento citado al final de estas páginas, la izquierda argentina, en todas sus variantes, no podía siquiera pensarlo...

Una nueva hora americana...

Hasta diciembre de 2001, los Setenta eran asignatura pendiente, a posteriori de la rebelión del 19 y 20 de diciembre, de alguna manera son historia. Una nueva generación, aportó más de 40 muertos para acabar con la infamia en el gobierno y devolvernos algo de la Patria, aunque más no sea por la simple reaparición de la categoría Pueblo. Hemos señalado reiteradamente, qué cuando la provocación gubernamental y de la corporación política en su conjunto, contra la nueva expresión del proletariado argentino —el movimiento piquetero- en el Puente Pueyrredón, en junio de 2002, el pueblo respondió con una madurez tal vez superior al accionar de los años Setenta. Dando a entender que de alguna manera los graves errores producidos por las fuerzas populares en los Setenta, habían sido procesados en su esencia por el pueblo profundo.

Podríamos conjeturar, que si la provocación del duhaldismo de junio de 2002, se hubiera producido en los Setenta, los Patriotas Santillán y Kosticky estarían acompañados por un número mucho más alto de víctimas. Y lo peor, el duhaldismo, el menemismo y el resto de la partidocracia gravemente herida en diciembre de 2001, hubiera conseguido su objetivo, ilegalizando y reprimiendo al movimiento piquetero. Habríamos caído en la provocación y el poder, hubiese logrado militarizar la situación, tal cual reclamaba entonces a los gritos toda la dirigencia política del modelo neoliberal. Incluidos muchos que hoy se llenan la boca con frases altisonantes de pueblo y que armaron a los asesinos de Darío Santillán y Maximiliano Kosticky.

De tal forma, una nueva etapa histórica, es recorrida por nuestro pueblo y las masas indoamericanas. Desde el Carachazo, el Santiagazo y el levantamiento zapatista, atravesamos una nueva etapa de rebelión de los pueblos americanos. Transitamos una nueva época histórica de profunda madurez revolucionaria. Una de las etapas más contundentes y profundas que ha vivido el continente, sino el más profundo, desde los tiempos de Túpac Amaru o la Revolución de la Emancipación.

La rebelión de los Andes, corazón del Inkario, habla de un sacudón de la entraña americana. Simbólica y estratégicamente es de tamaño importancia que la Patria de Bolívar, encabece una nueva rebelión del continente. Tampoco es menor, en su sentido histórico más profundo, que

la Patria de San Martín sea un importante aliado –junto con Cuba, Ecuador y Bolivia- del proceso Bolivariano. Es mucho más que un símbolo, Argentina y Venezuela por su propio peso pueden decidir un nuevo futuro continental, tal como soñaran Miranda, Castelli, Bolívar, Moreno y San Martín.

No habíamos vivido una situación similar, desde la gran Revolución iniciada el 25 de Mayo de 1809 en Chuquisaca y concluida en la batalla de Ayacucho en 1824. Con una diferencia: en esta oportunidad Brasil está de este lado, no hay que insurreccionarlo desde afuera como propusieran Miranda, Castelli, Moreno, Bolívar y Dorrego. Y ése, no es un hecho menor, es tal vez trascendental. Es nuestro deseo que estas páginas puedan servir para comprender –si ello fuera posible- el nexo existente entre aquellas luchas maravillosas de los setenta, y nuestra terrible derrota, con las luchas del presente, sirviendo de nexo generacional. Tal vez, fuera bueno recordar aquello que memoraba Antonio Gramsci, en el sentido de que ‘la historia del presente es la política del pasado y la política del presente es la historia del futuro.’ O como señalara Marc Bloch: ‘Las edades son solidarias y la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado, pero inversamente, el pasado puede comprenderse por el presente.’ Conocer el pasado sin disfraces nos permitirá, tal vez, vislumbrar el futuro.

Alberto Jorge Lapolla, Buenos Aires, diciembre de 2006